

serve su vida, si no quiere oponerse al orden querido por Dios.

Estos ejemplos bastan para que se vea con cuánta facilidad pueden reducirse á una forma absoluta, las proposiciones morales. Esto, no alcanzo de qué manera se podrá conseguir; si en vez de decirse: el amor de Dios es la misma moralidad; se dijese: el amor de Dios es un acto moral, distinguiendo entre el amor y la moralidad.

274. Sea cual fuere el juicio que se forme de esta explicacion, no puede negarse que con ella se reconoce una sabiduria profunda, aun ateniéndonos al solo orden natural y filosófico, en aquella admirable doctrina del Divino Maestro, en que llama al amor de Dios el mayor y el primero de los mandamientos; y en que, cuando quiere señalar el carácter del bien moral, recuerda, muy especialmente, el cumplimiento de la voluntad divina.

275. Puesta la esencia de la moralidad en el amor, lo moral debe parecernos bello, porque nada mas bello que el amor; debe ser agradable al alma, porque nada mas grato que el amor. Entonces se comprende tambien por qué las ideas de desinterés, de sacrificio, se nos presentan tan bellas en el orden moral; y nos hacen rechazar instintivamente la teoría del interés propio: nada mas desinteresado que el amor; nada mas capaz de grandes sacrificios que el amor.

276. Así el egoismo queda desterrado del orden moral: Dios se ama á sí mismo, porque es infinitamente perfecto; fuera de sí no encuentra nada que amar, que él no haya criado. El amor que tiene á las criaturas es completamente desinteresado, porque nada puede recibir de las mismas. La criatura se ama á sí propia y ama tambien á las demás; pero este amor no es de un egoismo estrecho; sino que ama

en sí misma, y en sus semejantes, el reflejo del bien infinito. Desea unirse con el bien supremo, y en esto pone su última felicidad; pero este deseo lo entaza con el amor del bien supremo en sí mismo, y no le ama precisamente porque de ello deba resultar su propia felicidad.

CAPÍTULO XXI.

OJEADA SOBRE LA OBRA.

277. Llego al término de mi trabajo; y así conviene echar una ojeada sobre el largo camino que acabo de recorrer.

Me habia propuesto examinar las ideas fundamentales de nuestro espíritu, ya considerado en sí mismo, ya en sus relaciones con el mundo.

278. Con relacion á los objetos, hemos encontrado en nuestro espíritu dos hechos primitivos: la intuicion de la extension; la idea del ente. En la intuicion de la extension se funda toda la sensibilidad objetiva; en la idea del ente se funda todo el orden intelectual puro en lo tocante á las ideas indeterminadas. De la idea del ente hemos visto salir las de identidad, distincion, unidad, número, duracion, tiempo, simplicidad, composicion, finito, infinito, necesario, contingente, mutable, inmutable, substancia, accidente, causa, efecto.

279. En el orden subjetivo hallamos como hechos de conciencia, la sensibilidad, ó el ser sensitivo (incluyendo en esto no solo la sensacion, sino tambien el sentimiento), la inteligencia y la voluntad; lo que nos da ideas intuitivas de modos de ser determinados, y distintos del de los seres extensos.

280. Así todos los elementos de nuestro espíritu se reducen á las ideas intuitivas de extension, de sensibilidad, inteligencia y voluntad, y á las ideas indeterminadas, que á su vez se fundan todas en la idea de ser.

281. De la idea de ser, combinada con la del no ser, nace el principio de contradicción: que por sí, da origen solamente á conocimientos indeterminados. Para que la ciencia tenga un objeto realizable, es necesario que el ser se le presente bajo alguna forma. Nuestra intuición nos ofrece dos: extensión y conciencia.

282. La conciencia nos ofrece tres modos de ser: sensibilidad, ó el ser sensitivo; inteligencia y voluntad.

283. La extensión considerada en toda su pureza, cual la imaginamos en el espacio, es la base de la geometría.

284. La misma extensión modificada de varias maneras, y puesta en relación con nuestra sensibilidad, es la base de todas las ciencias naturales, ó que tienen por objeto el universo corpóreo.

285. La inteligencia da origen á la ideología y á la psicología.

286. La voluntad, en cuanto movida por fines, da origen á las ciencias morales.

287. La idea de ser engendra el principio de contradicción; y con él, las ideas generales e indeterminadas, de cuya combinación nace la ontología; y que además circulan por todas las demás ciencias como un fluido vivificante.

288. Así concibo el árbol de las ciencias humanas: examinar las raíces de este árbol, era mi objeto en la *Filosofía Fundamental*.

FIN.

NOTAS.

(SOBRE EL LIBRO VII, CAPÍTULO I.)

(1) No falta quien ha creído que el tiempo es una cosa de explicación sumamente fácil: tal es la opinión del P. Buffier en su célebre obra *Tratado de las primeras verdades*. Después de haber explicado á su modo, en qué consisten la duración y el tiempo, dice: « me admiró pues de que tantos filósofos hayan hablado del tiempo y de la duración, como de cosas inexplicables ó incomprensibles: « si non rogas intelligi, » se les ha hecho decir, y según la paráfrasis de Mr. Locke, cuanto mas me aplico á descubrir la naturaleza del tiempo menos la concibo; el tiempo que descubre todas las cosas, no puede ser comprendido. Sin embargo, ¿ á qué se reducen todos estos misterios? á dos palabras que acabamos de explicar » (2.^a parte, cap. 27).

Es extraño que un escritor tan distinguido no supiese, ó no recordase, que esta dificultad en la explicación del tiempo la encontraba con los demás filósofos un hombre tan eminente como san Agustín; y que precisamente, las palabras indicadas se leen en las *confesiones* del mismo Santo, libro 11, capítulo 14: « quid enim est tempus; quis hoc acile breviterque explicaverit? quis hoc ad verbum de illo proferendum vel cogitatione comprehenderit? quid ergo est tempus? si nemo ex me quaerat scio, si quaerenti explicare velum nescio. » Qué es el tiempo? si nó me lo preguntan lo sé; si lo quiero explicar no lo sé.

El santo Doctor descubria aquí una cuestión profunda; y como todos los grandes ingenios cuando se hallan á la vista de un abismo insondable, sentia un vivo deseo de conocer lo que se ocultaba en aquellas profundidades. Lleno de un santo entusiasmo se dirigia á Dios pidiéndole la explicación del misterio. « Exarsit animus meus nosse istud impicatissimum enigma. Noli claudere, Domine Deus, bone pater; per Christum obsecro; noli claudere desiderio meo ista et usitata, et abdita, quo minus in ea penetret, et dilucescant